

ESPAÑA

## TODO ESTA A PUNTO

Al cumplirse, hace quince días, el primer año de Gobierno —encabezado por Gregorio López Bravo— el saldo no puede ser más positivo. Nunca la España de Franco había gozado de tan alto prestigio internacional; las barreras que la cercaban al terminar la Segunda Guerra, a causa del control sanitario impuesto por las democracias vencedoras, han caído definitivamente. Hoy España es admitida en todas las cancillerías con simpatía y respeto, en premio a la tenacidad de Franco.

Mientras el ingeniero López Bravo prodigaba sonrisas y ganaba simpatías en Washington, en Bruselas, en El Cairo y en Moscú, en Madrid tenía que sortear momentos difíciles y movía oleadas de críticas entre los falangistas y sindicalistas. Su nombre aparecía varias veces citado en documentos relacionados con el escándalo financiero Matesa, una fabulosa dilapidación de créditos oficiales por valor de 10.000 millones de pesetas. Dos de sus colaboradores más íntimos durante los últimos 7 años, en que fuera Ministro de Industria, el ex Subsecretario Angel de las Cuevas y el ex Secretario general Tomás Galán, habían sido procesados. El Tribunal Supremo encausó además a sus colegas de Gabinete, los ex Ministros de Hacienda, Juan José Espinosa y de Comercio, Francisco García Monco, así como a su amigo íntimo, el ex Gobernador del Banco de España, Mariano Navarro. Los falangistas anunciaron día a día, durante los últimos tres meses, el procesamiento de López Bravo. A principios de octubre, Franco quiso demostrar públicamente que sigue gozando de toda su confianza y le otorgó la Gran Cruz de Carlos III, la máxima condecoración civil española. A partir de ese instante los españoles comprendieron que había concluido la fase política del "affaire" Matesa; ahora sólo queda la judicial, que forzosamente será lenta.

Las secuelas del escándalo financiero Matesa fueron el mayor obstáculo político que tuvo que vencer el equipo de tecnócratas católicos que desde octubre del año pasado monopolizan el Gobierno. Sin ruido, casi sin despertar recelos, fueron tomando todos los controles del Estado. Desplazaron a los más destacados generales "azules", partidarios de soluciones "a la peruana", como Iniesta y García Rebull; pusieron en la mitad de los gobiernos provin-

ciales y prácticamente en todos los sindicatos a hombres de confianza y sustituyeron a un centenar de Diputados de los 550 que tienen las Cortes, sirviéndose de una sencilla fórmula: 400 de los Diputados son nombrados directamente por Franco o tienen el escaño en razón del cargo que ostentan en la Administración; al perder éste cesan automáticamente en aquél. Suprimieron la camisa azul del Partido y comenzaron a quemar todos los impresos oficiales que llevan el emblema del yugo y las flechas y la fórmula de despedida ritual: "Por Dios, por la Patria y por la Revolución nacional-sindicalista".

Todo está ya dispuesto para culminar la obra que debe garantizar la sucesión de Franco al Príncipe Juan Carlos sin que se produzca ningún vacío de poder: el nombramiento de jefe del Gobierno, cargo que detenta Franco al mismo tiempo que los de jefe del Estado, generalísimo de los Ejércitos y



López Bravo: Un año de triunfos.

Caudillo del Movimiento Nacional. Incluso el nombre es ya conocido: el almirante Luis Carrero Blanco, actual Vicepresidente y director-ejecutivo del Gobierno, la sombra del Caudillo desde hace 30 años y quien, desde entonces, controla los servicios secretos de información y seguridad.

"Si se confirmara la designación de Presidente del Gobierno no habría convulsión en los cuadros políticos, sino consolidación del actual equipo", vaticinó el Diputado y periodista Emilio Romero, uno de los más agudos observadores políticos españoles. "Todo está a punto —añadió—. Ese día, después de una tempestad meramente informativa, la clase política del régimen seguirá navegando por un cierto Mar de la Tranquilidad."

Ese día y esa hora —la semana próxima o dentro de tres meses— nadie los conoce. Ni siquiera Franco. Sólo el Caudillo. ⊕ ARMANDO PUENTE